

INTRODUCCIÓN

La trama argumental de los estudios del Seminario durante 1999 ha analizado a fondo la situación de la sociedad en relación con sus fuerzas armadas, en seis países iberoamericanos: Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, Brasil y México. De algún modo nos propusimos, desde el comienzo del año, que nuestra investigación explorase cada país en función de cuatro horizontes que conformaron nuestro esquema de análisis, de modo que cada especialista pudiera relacionar, interdisciplinaria e interregionalmente, el objeto de su estudio con la situación general del área iberoamericana.

Los mencionados horizontes que, de un modo u otro, hemos tenido en cuenta, son:

- Hacia una sociología de las estrategias históricas.*
- El peculiar papel de los ejércitos iberoamericanos durante la época en que no hubo unidad hispánica: el fenómeno de los caudillos.*
- La civilización común de los hispanohablantes.*
- La visión prospectiva. Los diversos epicentros nacionales que vienen empujando las refundación de una comunidad hispánica.*

HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LAS ESTRATEGIAS HISTÓRICAS

Afortunadamente se puede llamar la atención, en este preciso momento, sobre algunas obras decisivas y aportaciones básicas que, en materia de inteligencia estratégica, enriquecen significativamente este

campo. Me refiero en primer termino, a "Multinacionales españolas en América. Valor estratégico", Madrid, 1999, del profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y director del Centro Internacional Carlos V, Juan José Durán. Y asimismo "El pensamiento estratégico Una guía para identificar y resolver los problemas", de Roger Kaufman, Madrid 1999. También cabe añadir como primicia, pues no lo encuentro valorado adecuadamente, las "Variaciones sobre un mundo en cambio", del diplomático Carlos Alonso Zaldívar, Madrid 1996. Así como, más retrospectivamente, las reflexiones siempre actuales, del eminente general y pensador peruano, Edgardo Mercado Jarrín, Lima, 1989, "Un sistema de seguridad y defensa sudamericano"; o las premonitorias reflexiones del profesor Horacio Godoy en "Agenda presidencial", Buenos Aires, 1981? Para venir a cerrar este capítulo sobre el pensamiento estratégico en nuestra comunidad de naciones con el estudio del profesor e investigador de la Universidad del Estado de México, en Toluca, recién publicado en la revista "Cuicuilco", de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, enero-abril de 1999, "Composición étnico-cultural de Iberoamérica", de Francisco Lizcano Fernández.

Del primero de los libros mencionados (Durán 99) yo destacaría, a nuestros efectos, el salto imparable que, sobre todo desde su incorporación a la Unión Europea, ha dado la inversión directa en el exterior de la banca y la grande y mediana empresa españolas, a nivel mundial; pero sobre todo en su localización iberoamericana, más que por razones geográficas, por la de nuestra fácil ósmosis cultural y humana. Cómo se ha comportado, en una perspectiva estratégica, la empresa multinacional — hasta convertirse en una factor financiero cuyo dinamismo ocupa hoy un primer puesto en Iberoamérica— se convierte en la descripción de un escenario apasionante. El autor sigue el proceso económico período a período, en los sectores de la energía eléctrica, agua, petróleo y gas; de las comunicaciones y transportes, de la banca y seguros de la construcción, el turismo, la alimentación y manufacturas, industria editorial y otros. Es en esta perspectiva por ejemplo, donde el difícil acuerdo entre la Unión Europea y México, del 24 de Noviembre de 1999, —para terciar frente al intento hegemónico de Estados Unidos en este campo—, adquiere todo su valor.

Y no es gratuito el propósito de vincular el libro anterior con el siguiente que acabo de mencionar (Kaufman 99). Su aportación más valiosa y original, a mi juicio, consiste en asignar, dentro del modelo de planificación y pensamiento estratégico que construye, un sitio privilegiado al factor

“paradigma” o “sistema de referencia”, dada la presente situación en que casi todas las cosas en que creíamos han dejado de tener sentido. La única manera, en efecto, de superar la insuficiencia de todo paradigma pragmático en la compleja situación problemática presente, es situar en el núcleo mismo de la estrategia de la empresa lo que él llama su “Visión Ideal Básica”. Aquel “sueño práctico” o sueño ideal que ponga en el centro de la acción el superior servicio al hombre, a la comunidad y al ecosistema donde se actúa. La argumentación con la que el autor concluye, que este elemento de la “visión ideal” de la empresa representa un decisivo factor crítico de éxito, necesita ser meditado a fondo por nuestros empresarios que se desenvuelven en el mercado mundial. Pero para aquellos que además son “España” en el resto del mundo hispánico, el problema que se les plantea es el de “ser o no ser”.

En cuanto al tercero de los libros antes citados (Zaldívar 96), hay que destacar su indispensable valor estratégico ante el presente cambio de mundo, sobre todo después de la extinción de la URSS en 1989. Su consideración de los conjuntos de regiones económicas, fracturas políticas y procesos críticos globales es muy sólida. Las colaboraciones del autor en el periódico “El País” —la última, “Navegando entre siglos”, es del 18 de noviembre de 1999— contribuyen a acreditar su gran competencia. Sólo lamento su desatención, en lo que yo conozco, a la hora de evaluar las estrategias internacionales en escena, hacia la estrategia propia, la del mundo hispánico —sus características en el tablero mundial, sus cumbres iberoamericanas, sus valores humanistas, espirituales, y proyectos universales, por ahora en estado de ebullición—, tan neciamente “ninguneada” por los otros protagonistas cuyo conflicto llena de momento la dinámica “globalizadora”.

Del excelente libro al que he aludido después (Mercado Jarrín, 1989), sólo cabe decir que merece ser reeditado aquí, incluso complementándolo con la actualización que pudiera resultar conveniente a su contexto de hace diez años. Pero el estudio que sistematiza, obra de un gran militar y político iberoamericano, que considera el conjunto desde uno de sus puntos centrales, debía ser obra de consulta en centros estratégicos y leído por el público culto que no se limite a ver pasar las cosas pasivamente. Algo así podría decirse también, aunque destinándolo a ambientes más especializados, respecto del estudio, anticipatorio que cité al final (Horacio Godoy 1981?).

Para concluir este "tour d'horizon" situacional, considero también oportuna y muy valiosa la "Composición étnico-cultural de Iberoamérica". (Francisco Lizcano, 1999). Es clarificadora su clasificación primordial de las naciones iberoamericanas en cinco tipos: mestizo, criollo, indomestizo, afrocriollo y afromestizo. Muchos de los conflictos y aportaciones creadoras del conjunto iberoamericano se ven aquí a otra nueva luz. Las características de los grupos dominantes y las fuerzas emergentes en las veinte entidades políticas que el estudio considera, y la evolución dinámica, —tan a menudo trágica— que este tejido social básico viene experimentando durante los dos últimos siglos, confieren a dicho trabajo una notable significación estratégica.

EL PECULIAR PAPEL DE LOS EJÉRCITOS IBEROAMERICANOS DURANTE LA ÉPOCA EN QUE NO HUBO UNIDAD HISPÁNICA: EL FENÓMENO DE LOS CAUDILLOS

Como es lógico, acerca de este tema tengo que limitarme a sólo dejar esbozadas dos ideas que considero fundamentales y poco —quizás nada— investigadas hasta ahora. Una es la ya enunciada: que el fenómeno de los caudillos —en Hispanoamérica y Brasil: igual que en España y Portugal— representa, por encima de cualquier otro intento de explicación causal, el intento desesperado —frente al caos— de llenar el vacío que provocó la desaparición de la figura del monarca, en tanto que adalid del pueblo y de sus derechos básicos, en los vastos territorios o reinos americanos de la Monarquía Indiana, a partir de las guerras de Independencia. En consecuencia, apenas existe acontecimiento de la vida política contemporánea de estos países que no esté más o menos estrechamente —casi siempre "más"— con la presencia de estas figuras "carismáticas" sustitutivas. La otra idea que quiero traer a consideración —ésta ya es algo más tenida en cuenta, aunque mucho menos de lo que sería aconsejable— es el estrecho parentesco, tanto en positivo como en negativo, entre caudillos y nacionalismos.

No hay que decir siquiera que la bibliografía es inmensa, y tan inabarcable como furiosamente controvertida desde todas las perspectivas de la selva ideológica que hemos atravesado en los últimos casi doscientos años. Pero no sólo por obvias razones de tiempo y espacio, sino considerando la mejor precisión posible de cara al análisis de los hechos, me limito a considerar dos textos actuales: "Caudillos en Hispanoamérica", del destacado hispanista John Lynch, Madrid, 1993, y "Siglo de Caudillos", del historiador mexicano Enrique Krauze, Barcelona 1994.

Del primero (Lynch 1993) destacaré su intuitiva penetración para adentrarse en el problema críticamente, más allá de los tópicos al uso, que él denuncia tanto en la literatura iberoamericana al respecto como en la estadounidense. Las que él aún sigue llamando anacrónicamente “masas” y “colonias”, es cierto que muestran en la superficie los rasgos que Alberdi exagera en su confrontación con la figura de Rosas —“Donde haya repúblicas españolas, formadas de antiguas colonias, habrá dictadores”—. Y al hilo de este tema se suele andar siempre a vueltas también con el gran conflicto decimonónico —y lo que aún “colea” de esto mismo— entre fuerzas conservadoras-reaccionarias y progresista-revolucionarias. Pero mientras no accedamos a un nivel sociológico más penetrante, tendremos que quedarnos en interpretaciones superficiales como la que se detiene en la inadecuada contaminación europeísta del despotismo ilustrado o se queda en la crítica al comodín del “cirujano de hierro”. Y de esto Lynch es muy consciente. No todo se resuelve en censurar los “popularismos”, o los “personalismos”, tanto democráticos como dictatoriales, desconociendo el genuino fondo histórico de la cuestión —como ahora hacen “conservadores” y “progresistas”, los anacrónicos espectros del pasado, con el presidente Chávez—. Nuestra democracia no tiene un patrón universal dogmático y está por definirse. No sirve de nada dar por conjurado un pasado mientras no demos antes con nuestro punto cero, con nuestro verdadero origen “ideal”, dramáticamente actualizado a ciegas, sin ideas, en esta revolución mutacional que están terminando de atravesar, con España, los demás países del flanco hispánico de Occidente.

El otro libro mencionado (Krauze, 1994) enfoca en concreto una “biografía política de México (1810-1910)”. Expone una aguda y sugestiva descripción del México de los héroes y antihéroes, de los sacerdotes insurgentes y el derrumbe del criollo, del temple y el drama del indio y el ascenso cultural y político del mestizo. El fuerte contraste entre el régimen virreinal y la “libertad burguesa” es el marco donde se forman figuras hasta ahora tenidas por contradictorias, como Benito Juárez, Lucas Alamán, o Emiliano Zapata, pero cuyos profundos rasgos innovadores comunes nos permiten asomarnos ya al nuevo rostro de nuestro “nuevo mundo”.

Una referencia esencial, por último, en la exploración tanto del contexto estratégico de la nueva comunidad hispánica como del sociopolítico global, lo constituye el volumen de Actas que el nacionalismo peronista acaba de editar en su “Congreso de filosofía y metapolítica”, como movimiento de la “comunidad organizada”, “por el protagonismo de los pueblos (Buenos Aires, 1999)”. Ponencias y conferencias como las del filósofo

peruano Wagner de Reyna, el politólogo argentino Alberto Buela, y los también politólogos italiano Alessandro Campi y vasco-francés Arnauld Imatz —seguidos del análisis multiperspectivado desde muy distintos observatorios iberoamericanos y europeos—, son merecedores de un estudio a fondo que en esta ocasión no puedo permitirme, y bien lo siento.

LA PATRIA COMÚN DE LOS HISPANOHABLANTES

El historiador chileno Pedro Godoy, director del Centro de estudios Chilenos, actualizó muy oportunamente, en la revista "Disenso" (Buenos Aires, nº 19/20, otoño de 1999) la tesis de Andrés Bello que él resume en estos términos: "que la guerra de la Independencia es... tipificable como intestina. Españoles metropolitanos —chapetones— estuvieron con la emancipación. A la monarquía fernandiana, en cambio, son leales no pocos españoles indios —criollos— adscritos al absolutismo, así como la muchedumbre aborigen. Un dato poco mencionado es la lealtad del pueblo mapuche a la Corona. La teoría bellista empuja a englobar a España dentro de una nacionalidad bicontinental". Esta tesis de Andrés Bello plantea un desafío insoslayable a quienes, como el profesor Godoy, consideran que Chile, por ejemplo, "es una provincia de la nación iberoamericana. Nación hoy desmembrada, como ayer lo estuvo la Italia pregaribaldina o la Alemania prebismarckiana". Perspectiva histórica entre cuyos defensores ha destacado igualmente —por citar uno entre la legión de precursores hispanoamericanos de la nueva unidad que ya va integrando a la familia hispana de naciones— el brillante intelectual argentino Jorge Abelardo Ramos.

Ahora bien: ¿existe esa patria común de la gente hispana? Pienso que esa pregunta central cobra toda su gravedad si nos la planteamos desde una triple perspectiva en el tiempo. ¿Qué tenían en la cabeza, en la inteligencia, en el espíritu, los españoles o hispanos del Renacimiento y el Barroco? Inmediatamente después será la hora de venir al momento presente: ¿qué nos estamos proponiendo los hispanohablantes de estos dos años finales —el 1999 y el 2000— del milenio de nuestra cultura que llevamos recorrido?

Pero entonces cabe ahondar más. Si tenemos ya un milenio de historia a las espaldas, ¿qué es lo que querían —si nos es posible saberlo—, lo que soñaban y empezaron a explorar a tientas, en el sucederse de las civilizaciones, los primeros hispanohablantes? Y aún podrían resumirse estas

tres preguntas en una nueva y radical que las resuma: ¿nos estamos caracterizando, la gente hispana durante la sustantiva totalidad de este milenio transcurrido, por ser constructores de una "morada histórica", de una idea del mundo, del hombre y de la experiencia y creencia en lo divino, que nos identifique inconfundiblemente?

Claro que no es de este lugar el desarrollo epistemológico del tema indicado. Nos hemos de limitar, pues, a dejar indicada la doble fundamentación en que nos apoyamos. Por un lado, lo que Dilthey ha construido acerca de las concepciones de la vida y del mundo. Por otro, lo que nos sea útil a estos efectos de la filosofía sistemática de Xavier Zubiri, en relación con una comprensión racional de la totalidad del hombre.

Partimos así de una intelección de nuestra realidad atendida a un doble registro de los hechos humanos que almacena nuestra inteligencia. Primero, lo que las ciencias de la materia y de la vida aportan a la comprensión racional de todo proceso histórico. Y segundo, la investigación del registro que contiene los hechos producidos por el "espíritu", que es también intrínseco a nuestra especie. Advirtiendo, eso sí, la honda complejidad propia de la selección tanteante con que dicho "espíritu" humano va consiguiendo elaborar aquellas ideas que mejor resisten a los rechazos que el hombre mismo les opone en cada época.

Pienso que tampoco es necesario ahora ahondar más en este punto inicial de apoyo teórico. Retengamos sólo que nuestra hipótesis de partida consiste en que toda sociedad histórica concreta se desdobra en su peculiar concepción ideal del hombre y del mundo; e igualmente del hecho religioso o sus creencias. De modo que en su origen, esto es, genealógicamente, cada cultura o civilización humana está descansando en un inconfundible "u-topos", su colectivo sueño actualizador del mundo, no localizable en ningún lugar, y sin embargo generador e inspirador de su específico sistema de valores y creencias que caracteriza a esa cultura.

Al hilo de su sólida "Histoire de l'Espagnol", París, 1996; (hay trad. Española) el profesor Joseph Pérez, en su trabajo más reciente "La clave de lo que hoy es España fue la Reconquista", entrevista en "Babelia" (Madrid, 6 de marzo, 1999), sale al paso de la extendida creencia acerca de la decadencia española como una excepción violenta y drástica entre las naciones europeas modernas. Toda una idea dualista de nuestra Modernidad, entendida como pura negatividad respecto de la moderna Europa, cuya consecuencia sería una fatal ruina continua de las dos Españas irreconciliables, tesis tan difundida como parcialísima. A este res-

pecto, Pérez observa cómo esa fractura entre el ideal progresista antitradicional y el tradicionalismo antiprogresista se produce en todas las naciones europeas, a partir de la Revolución Francesa y el Romanticismo.

Pero lo que también percibe el profesor Pérez como hecho categóricamente original, e independiente en gran medida del proceso de formación de Europa, es la España medieval de las tres culturas, de las tres Españas pre-modernas, verdadero eje vertebrador de nuestro acontecimiento matriz que denominamos la Reconquista. Ahí es donde yo considero que aflora, en efecto, adherida a nuestras lenguas castellana, gallega, portuguesa y demás romances, y al euskera todo cuanto será nuestra fundamental idea mística y sapiencial de la "evangelidad". Un "u-topos" que se adelanta medio milenio a los evangelismos protestantes europeos del XVI. Un acontecimiento básicamente popular y comunal mucho antes que institucional eclesiástico o romano, y que encuentra cauce singular en los Concilios Toledanos. Lo cual, junto con el "ventarrón de libertades" que emana del Fuero Juzgo, está a la base de la creación del Nuevo Mundo, de toda la nueva civilización que construye en las Españas indianas la Modernidad hispánica.

En este punto, tampoco puedo dejar de suscribir la opinión del eminente historiador francés acerca de la meritoria obra de Américo Castro. Quien con la brillante valoración que aportó en su momento —continuada de la vía abierta por Asin Palacios, interrumpida como tantas cosas por la guerra civil del 36—, ha dado pie a una escuela francamente negativa: la interpretación ideológica de la España moderna como una idiosincrasia desencajada de las restantes patrias europeas; y cuya edificación se asentó en la dominación violenta y expulsión final ejercida por los cristianos sobre los otros españoles, los de al-Ándalus y Sefarad.

Esta interpretación ignora la idéntica estructura jerárquica, fuertemente represiva o autoritaria, propia del oligarquismo anticomunal que pugna por imponerse en la Europa de aquella época, y que culmina en la Inquisición —romana y más tarde protestante; europea, y más tarde española— así como en la generalizada expulsión o eliminación masiva de disidentes. Pero sobre todo hace caso omiso de la misma estructura, perseguidora de sus heterodoxos respectivos, que caracteriza a las tres Españas cristiana, mora y judía.

Y si el desenlace que logra imponer al modo guerrero de la época la España-eje de la Reconquista, —cuyo ideal era el pacífico y tolerante de una evangelidad universalista que hace entonces su aparición paradójica,

por primera vez en la historia—, es un ideal que incluye la construcción de un Estado nacional moderno y centralista, cuya coherencia interna necesita prescindir de rivales alternativos, ello no va a ser más que la primera ocasión de las numerosas en que los pleitos belicosos de los hispanos han terminado por empujar al exilio a los vencidos. Incluyendo, por supuesto, dos hechos atroces que merecen ser más estudiados: el exilio impuesto a los jesuitas por Aranda y Pombal, y el de los internacionalistas obreros españoles bajo la oligarquía canovista de nuestra Restauración decimonónica.

La aportación que comentamos del profesor Pérez concluye con un sí y un no ante la previsible imputación, a quienes así pensamos, de que lo que en realidad estamos haciendo es combatir la leyenda negra antihispánica. Cuando no sucede otra cosa sino que ya es tiempo de acabar de una vez con nuestra lamentable situación de profunda amnesia histórica, causa de nuestra presente orfandad dramática de ideas políticas. Pues de lo que estamos carentes todavía los españoles, los hispanohablantes, es de la interpretación racional, pero además verdadera, de lo que ha sido el “u-topos” popular de cada una de nuestras naciones, desde su origen hasta hoy.

Lo cual es ya inseparable de una comprensión a fondo de la mutación o revolución hispánica global que estamos viviendo durante el siglo XX, cuyo epicentro ha sido la guerra civil española de 1936, a condición de saber verla desde su origen libertario en la Sección Española de la Internacional de 1868. Sin que a ninguno nos duelan prendas ya, si de lo que se trata es de ver los hechos tal como han sido: todos los hechos y la totalidad de cada uno, sin omitir nunca lo que contienen de error o de crimen. Porque es de esa fiereza originaria de lo que se despegan trabajosamente nuestros ideales. Los “nuestros”, se entiende, como uno más entre los de todo pueblo y sociedad históricos. Pero es sólo poniendo esa distancia de fondo cuando la bondad de cada “u-topos” o concepción del mundo se declara; la nuestra y la de cualquier otro.

Eso aparte de lo que ahora tiene que preocuparnos, que no es ya seguir dándole vueltas al lado sombrío de nuestro pasado —que ya está bien—, como si los demás no tuvieran el suyo, sino equiparnos adecuadamente para sacar todo el provecho posible a este futuro inmediato que se ha disparado con nuestra vinculación a la Unión Europea; y mucho más a fondo con las Cumbres Iberoamericanas desde su original Fondo Indígena hasta la complicada trama restante ya en marcha, de singular socie-

dad plurinacional que fragua tenazmente, y todo lo deprisa que puede, su nuevo tejido social conjunto: humanista y empresarial, espiritual, científico y tecnológico.

¿Qué ha dado, pues, de sí la civilización hispánica? Digamos que el procedimiento más directo que he encontrado para sistematizar los incontables contenidos aparentes de toda concepción del mundo, los he centrado en distinguir con nitidez su composición tripartita: los tres campos radicales que vimos ya que la constituyen. Estos tres campos de valores, creencias y arquetipos simbólicos serían los universalmente característicos de la existencia humana. Primero, el de la idea filosófica que esa cultura sustenta acerca del hombre mismo, de su significación y papel en el cosmos y en la historia. Segundo, el de las formas de experiencia, o al menos de creencia acerca del absoluto, incluidas las simples creencias que consisten en negarlo, o en hacerse indiferentes respecto de él. Y tercero, el campo de su particular forma de organización política y cultural e institucionalizada de la vida social.

Ya tenemos desarrollado en otros trabajos el modo en que esos tres campos del “u-topos” vendrían a constituir respectivamente: el de la racionalidad filosófico-científica —y técnica—, en que un pueblo declara su idiosincrasia en su singular literatura y arte simbólicos; el de su ideal o “espíritu” más profundo y totalizador; y el de su peculiar modo de enfrentarse con el drama siempre presente de la violencia y dominación, interna y externa, inherente a la voluntad de poder de sus hasta ahora inevitables elites u oligarquías.

Pues bien, entiendo que la gente hispánica nos atenemos, tanto consciente como inconscientemente, a una racionalidad de lo que veremos enseguida que es nuestra “hombredad”, según Oliveira Martins y Unamuno; a un humanismo espiritual y artístico —lengua, literatura, tradiciones— que trata de hacernos hombres —y mujeres— libres, —el cual coincide a su vez con nuestra “sobrehumanación”—; y a un ideal político de democracia comunal crítica, advertida, escarmentada, que reconstruye sin cesar agónicamente la vida comunera del común tras cada arremetida oligárquica que se enmascara con mil nombres en el Teatro del Mundo. Con el colofón de que los tres paradigmas o arquetipos que simbolizan este ideal de vida son “Don Quijote”, la “Subida” juancruciana y “El Criticón” graciano.

Aquí es donde creo que viene a punto el tema de la denominación que nos caracteriza adecuadamente a los hispanos, en medio del desconcierto de referencias a propósito de lo que en realidad somos. ¿Va a resultar al

final que somos "latinos" —un mero suburbio anárquico de la Francia del siglo XX, o de los "verdaderos americanos" los anglohablantes—? ¿O será que somos ibéricos? ¿Y los filipinos, entonces, y los luso-asiáticos e hispano-africanos? ¿O mejor, seremos quizás hispánicos?

Lo único que habría que advertir de antemano, en cualquier caso incluso antes de entrar en el tema, es que sólo al amnésico, al que se ha perdido a sí mismo, se le puede plantear en serio el problema de verse forzado a elegir su nombre entre varios posibles. Cuando toda existencia humana, personal o colectiva, que conozca el propio origen que la fundamenta genealógicamente, posee ya con ello es su inconfundible nombre o linaje verdadero. Los hijos de nadie, de sólo la especie biológica, ya no existen desde que se dio el salto del homínido al Hombre. Podrá haber ocasiones en que todo eso se haga borroso. Pero esas son, precisamente, las situaciones absurdas, o patológicas, en que la existencia aparece en negativo, sin nombre o sin rostro, al borde de la locura.

Para sorpresa de muchos, en pocas fuentes es posible documentar esta cuestión tan sólidamente como podemos hacerlo en cinco autores lusohablantes (cuatro portugueses y un brasileño); cuya frecuentación aliviaría en mucho el trance de nuestro amnésicos. Me refiero a Joaquín Oliveira Martins ("Historia de la civilización ibérica", 1879), Antonio Sardinha ("La alianza peninsular", 1924), Fidelino de Figueiredo ("Las dos Españas", 1931), Natalia Correia ("Somos todos hispanos", 1988) y Sergio Buarque de Holanda ("Raizes do Brasil", 1936; 5ª edic. Revisada, 1969). Eso para no contar con el testimonio imperecedero de los lusiadas, del gran renacentista Luis Vaz de Camoens (1524-80) o con el "hispanismo" rotundo —"Somos hispanos e devemos chamar hispanos a quantos habitamos a península hispanica"— de Almeida Garrett.

Estos autores ofrecen además la ventaja de que cuanto tienen en común de ideal hispánico o de España de las diversas Españas (castellana, portuguesa, etc.) lo piensan desde tradiciones tanto humanistas, al modo de Unamuno, como integristas unos o progresistas otros, pero bien administradas. Por si fuera poco, recibimos también de ellos dos ideas-clave. Una, y ya sería bastante, esta misma de que España, lo hispánico, la civilización hispánica es nuestra denominación global adecuada —con preferencia incluso para estos lusohablantes mismos, a la de ibéricos, o iberoamericanos—.

Pero la otra idea-clave que nuestros pensadores e historiadores lusos nos esclarecen es la de que existe una frontera abismal entre el falso "his-

panismo” reaccionario de los tradicionalistas, y el antitradicionalismo progresista, ambos por igual oligárquicos, elitistas, y del otro lado, el humanismo popular, comunal y cristiano. Hispanidades ha habido, pues, y hay tantas como las mentalidades contrapuestas que los hispanos —incluidos los que se odian así mismos, los hispanófobos, hemos ido expresando en cada conflicto colectivo. No equivale, pues, a forzar o violentar nada el dar el nombre de españoles, o el de hispánicos, a todos quienes de algún modo participamos de la España común en los mundos luso, castellano, catalán o vasco hablantes. Ya digo, incluidos Filipinas, Timor oriental, Angola o el pueblo saharauí. El propio Marruecos no deja de ofrecer vigencias hispanas bien entrañables, como atestiguan los núcleos hispanistas desde Rabat hasta el legendario pueblo bereber. Vale mucho más la tradición profunda en la cual nos sumamos y unimos, que los conflictos y los desacuerdos que no hemos sabido superar aún.

Frente a esta realidad de fondo, cualquier decisión pragmática que se nos ocurra pactar o consensuar entre hispanohablantes, para satisfacer a los que han elegido porque sí darse ellos una denominación sesgada y artificiosa, —como ocurre con los presuntos “latinos”—, será siempre un compromiso efímero. Durará lo que dure esa falsa solución de circunstancias, en la que algo tan sustantivo como el propio fundamento de origen y tradición de fondo importa menos que la adulación a la aparente omnipotencia mediática del poderoso o la clientela ideológica de turno. Pues lo que importa en todo diálogo o controversia no es quién y cómo zanja retóricamente la cuestión, sino centrar bien lo que está en discusión, para construir a partir de ahí sobre cimientos sólidos, lo ingente que en muestra tenemos por hacer.

Sobre estos criterios previos es ya factible la investigación rigurosa que pueda tener en cuenta nuestra hipótesis de trabajo tripartita. La civilización hispánica está fundada en base, primero a una “hombredad” o “hispanismo filosófico”, abierto hoy a todo horizonte noológico de la magna trilogía zubiriana sobre la inteligencia sentiente, pero que está diluida antes en toda la literatura, tradición, costumbres y folklore de nuestros pueblos. Después, a la universalidad subyacente en nuestro “hispanismo fundamentante”, “sobrehumanador”, inseparable de su característico cuño místico y sapiencial. Por último a un “hispanismo comunal”, antaño desfigurado bajo la idea imperial y teológica de la “República cristiana”, y ahora planetarizado en la construcción democrática, libre y solidaria de la nueva humanidad. (Aunque todavía nos queda por concebir y realizar esa misma democracia comunal, partiendo de la insuficiente democracia burguesa,

capitalista, elitista y para "masas" que el Occidente autofundado tuvo que limitarse a inventar hasta ahora).

Este por hacer hispano, para nada persigue, por cierto, una más de tantas utopías del progreso perpetuo, como las que han dado de sí la Ilustración burguesa y su secuencia marxista. Se contenta con un modo de régimen político que no estorbe de frente la metamorfosis interior por la que cada hombre pueda aprender a sacar de sí lo mejor de sí mismo, al modo que Critilo lo cultiva en el Andrenio de "El Criticón", la novela universal por excelencia acerca del viaje de la vida humana.

¿Qué tenían en la cabeza —y en el "espíritu" o el "corazón"—, pues, los españoles o hispanos de los siglos XVI y XVII? Como nos preguntábamos antes ¿Y los del milenio ya prácticamente cumplido de la lengua española y las demás romances? Del sucinto recorrido que acabamos de hacer de nuestro paso por el mundo histórico, nos queda la aventura de un humanismo sobrehumanador, que arranca de la antinomia Nietzsche-Unamuno y hoy se ha proliferado en el unamunismo de tres mexicanos como Silvio Zavala, Octavio Paz o Carlos Fuentes, y así hasta una buena docena, al menos, de escritores-pensadores iberoamericanos.

Lo realmente decisivo en la presente situación hispánica es que, como nunca antes, pero sobre todo desde que mediado el XVI corrieron en los siglos de nuestra "decadencia", ya podemos llegar a tener las ideas claras. Nuestro agónico nacer-muriendo ha terminado por cobrar rasgos firmes, concluida prácticamente la revolución mutacional de nuestro siglo XX, como nueva forma de la sustantividad histórica de los hispanos. Simplemente, poseemos ahora toda clase de recursos materiales, racionales y espirituales, para construir en adelante lo que antes dejamos a medias y entre sombras. El hombre —tanto el personal como el colectivo—, aprendimos de Zubiri que siempre es el mismo aunque nunca es lo mismo. Seguiremos cambiando, pues, en la medida en que nuevos retos nos sobrevengan. Pero ya estamos en condiciones de comprender que es ahora cuando el hombre hispánico ha comenzado a poseer su verdadera madurez como protagonista histórico.

LA VISIÓN PROSPECTIVA. LOS DIVERSOS EPICENTROS NACIONALES QUE EMPUJAN LA REFUNDACIÓN DE UNA COMUNIDAD HISPÁNICA

Aunque todavía a ratos siga pareciendo que compran sin freno nuestros atavismos hispanos de saltos atrás, el hecho cierto es que ya estamos

pueblo a pueblo, en la otra orilla de nuestro histórico cambio mutacional del siglo XX. Los tiempos del enfrentamiento feroz, a vida o muerte, entre los estereotipos conservador, de la derecha hispana, y los del extremismo progresista y antitradicional, ya son solo aspectos residuales, que pertenecen al pasado. A veces, ¡Cualquiera lo diría!, desde luego; pero hay tales residuos no son ya míos, que sombras de una época en que las oligarquías de nuestros países podían venderlos a sus socios de las hegemonías extranjeras y reprimir toda protesta, así como a cualquier adalid popular militar o civil, impunemente. Los tiempos de “la Patagonia trágica”, de Arbenz, de Sandino, “el general de hombres libres”, de la ocupación de Panamá para construir el Canal, de la “guerra del salitre”, o simplemente de las Malvinas, no tienen reedición posible. Al menos en este escenario internacional en el que ahora todos hemos desembarcado.

Pienso esto a propósito de lo que, desde un punto de vista prospectivo, representan los seis estudios nacionales recogidos en el presente volumen de ensayos. Cada uno consagrado a valorar aspectos esenciales que, a la luz de su respectiva experiencia como lugar donde observar modos muy diferentes de relación entre su sociedad y sus fuerzas armadas, definen a estos países como otros tantos epicentros de producción de energía para la refundación creativa de su común civilización.

El tratamiento general abordado por el investigador Barnach, de nuestro tema de fondo, aconsejó que abriera el volumen su trabajo sobre “las fuerzas armadas iberoamericanas, del militarismo a la democracia. El laberinto colombiano”. La panorámica que describe aporta una visión de síntesis que merece su tenida en cuenta entre las más lúcidas de las que a estas alturas se dispone. Y en cuanto a la progresiva descomposición límite de la sociedad colombiana, de la que es un conocedor muy autorizado y entrañable, un análisis de casi el siglo de violencia en que sus oligarquías enloquecidas, han sumido al país, resulta imprescindible. El débil resquicio que hoy deja para la pacificación sobre la “agenda común”, no aparece así como fruto de ningún amontonamiento positivista de datos cuantitativos —y pretendidamente “cualitativos”—, que nada explican, sino una compleja correlación de factores históricos de todo tipo, bien dirigidos a la comprensión del problema en profundidad.

El coronel Alvaro de Arce aborda un estudio de caso que no puede ser más afín al anterior, desde un punto de vista geoestratégico, ya que no es comparable su situación como nación dinamitada desde dentro. El fenómeno venezolano del caudillaje es abordado con competencia, en su

correlación con la implantación del régimen de partidos y el conflicto de los grupos de poder. En ocasiones recuerda vivamente la agudeza y criterios fundamentales del hispanista Lynch. La formación y desarrollo del ejército nacional venezolano, la etapa de 1948 a 1959, permiten al autor enfrentarse con la audaz y prometedora empresa del presidente Hugo Chávez en términos bastante más penetrantes que los habituales de las interpretaciones torcidas, de los intereses oligárquicos vulnerados y el confucionismo mediático. (Algo que me recuerda la algarabía internacional desencadenada en 1974, ante el traspaso de la gran prensa tradicional limeña a los medios populares que, hizo el régimen peruanista del general Velasco y Carlos Delgado).

El historiador Pedro Borges aborda en su ensayo el tema “los presidentes militares en la configuración política y social de Argentina”. Entre el cañamazo tupido de los personajes políticos y militares, y recorriendo los escenarios en que se suceden partidos y gobiernos, el avezado investigador recorre la ardua definición bélica de todas las fronteras argentinas, hasta que la nación llega a cobrar el perfil y hasta el nombre que define su actual versión de destacada nación moderna. Como no podía dejar de suceder, en esta ininterrumpida y larga etapa de pugna internacional y defensa del territorio, que llega a nuestros días (guerra de las Malvinas), las fuerzas armadas se configuran como factor nacional muy destacado. De los 48 presidentes de la República, 27 han sido militares frente a 21 civiles, militares se va desplegando lentamente el proceso democrático de estatutos institucionales y constituciones sucesivas, incluidos la legislación social y laboral y los periodos de grandes ingresos y grandes penurias colectivos.

El diplomático Tomás Lozano estudia el tema de Chile, en “sus coordenadas histórico-político y su situación actual, con especial referencia a su política de defensa”. La reciente y aún no resuelta situación de Pinochet, con las consecuencias que ha implicado para las relaciones, económicas y políticas, de España y Chile, ha hecho borrosa para muchos la ejemplar construcción nacional que han seguido la sociedad, y los “civilistas” militares chilenos hasta 1973. Este trabajo expone con claridad las circunstancias en que se produce el origen y la consolidación del estado, las décadas decisivas que desembocan en el Chile de Allende, los rasgos del golpe de estado y la delicada fase actual de transición desde la dictadura, en sus aspectos político y económico-social. El autor se detiene en examinar la cuestión indígena (en la que goza de reconocido prestigio internacional), así con la dimensión y relaciones exteriores de Chile, dedicando

especial atención al tejido vital de inversión exterior y crecimiento compartido que caracteriza a las fuertes vinculaciones hispano-chilenas.

El estudio del economista José Déniz, de la Universidad Complutense de Madrid, y participante en recientes foros de encuentro internacional sobre economía iberoamericana, analiza el tema de "Brasil: economía, política de defensa e integración regional". Su examen de situación arranca de considerar la constante que existe entre la "economía de la defensa" y el gasto militar, con sus implicaciones respectivas en la estructura y desarrollo de la nación; conecta las magnitudes del gasto militar mundial con el de Iberoamérica, y en concreto de gasto militar y crecimiento económico, para venir a describir el actual contexto geo-económico de Brasil. Aquí se detiene en analizar la situación económica iberoamericana y su implicación recíproca con la de Brasil. El trabajo concluye abordando los escenarios en que hoy juegan concurrentemente las políticas de defensa y las estrategias de integración internacional y hemisférica, en torno al papel privilegiado que en este punto viene jugando el Mercosur.

Ocupa un espacio último el trabajo del profesor José Luis Rubio Cordón (también de la Universidad Complutense), y no en razón de su orden de importancia, sino como conclusión cargada de interrogantes con los que se cierra este volumen. El autor expone aquí en qué medida la revolución mexicana no ha cubierto la problemática modernizadora del México total, problema que sigue siendo hoy su tarea crítica por resolver, la identificación y construcción del México pleno y como conclusión esboza una arriesgada tesis: identifica a México con el centro dinamizador mismo de la comunidad hispanohablante, en base a la construcción de la utopía posible del mestizaje cuyo crisol está precisamente en el país "azteca", novohispano por excelencia.

Es evidente que José Luis Rubio hace en esta ocasión una apuesta aventurada a dos bandas sobre el dinamismo inmediato de la nueva hispanidad que estamos constituyendo. Por un lado, apuesta a que México es núcleo inédito que lo centra todo hasta la filosofía. Por otro lado, que la expansiva España presente ya sólo debe ser vista como la "vieja hermana". Este punto de vista fervoroso y apasionado pienso que, a modo de hipótesis, merecía ser expuesto y tenido en cuenta. En cualquier caso, es bien cierto que en el nuevo tejido interhispanico que aceleradamente estamos construyendo —tras el milenio que llevamos a las espaldas desde los orígenes de España, el medio milenio común hispanoindiano o hispanoame-

ricano, y el siglo de nuestra revolución mutacional que ahora estamos cerrando en todos los países de nuestra comunidad—, sólo importa el claro objetivo estratégico resultante. Que para todos los epicentros nacionales ahora conjuntados en este esfuerzo hercúleo, se ha quedado obsoleta por completo la vieja manía decimonónica de escindirnos y pelearnos hasta la extenuación; y que necesitamos sustituirla por un nuevo modelo competitivo, que nos permita a todos generar cuanto podamos crear de este nuevo siglo de oro hispano, hasta cuyas puertas asombrosamente hemos llegado.

EL COORDINADOR DEL GRUPO DE TRABAJO